

1. El primer demonio

—¿Lo notas? Su alma todavía tiene que estar en la habitación.

Arturo pronunció esa frase consciente de que dos de sus tres acompañantes no se iban a enterar de la misa la media, y volvió a repetirla, esta vez en alemán. Los dos SS expresaron perplejidad en su idioma de rígidos acentos, y junto al camarada español que estaba a su lado, se emplearon en contemplar la muerte horrible, pálida y objetiva que se alzaba ante ellos. A vista de pájaro, la colosal y blanquísima maqueta de Alemania, la metrópolis que Hitler proyectaba construir sobre Berlín para ser la capital del futuro Reich, se extendía sobre una plataforma que ocupaba toda la sala. Avenidas de siete kilómetros para desfiles, arcos de triunfo de más de cien metros de altura, estaciones de ferrocarril con fachadas de cuatrocientos metros de longitud..., ministerios, óperas, plazas, museos, prisiones..., todo diseñado a la medida de la gigantomanía del Führer, y, al fondo, la Volkshalle, la Sala del Pueblo, con una capacidad para ciento ochenta mil personas, con su cúpula dieciséis veces más grande que la de San Pedro coronada por una gran águila. Allí, frente a su entrada principal, ligeramente escorado a la derecha, como un macabro Gulliver, yacía el cadáver de un hombre. Estaba de espaldas, con su brazo izquierdo estirado y crispado sobre uno de los muebles de escayola, y su sangre salpicaba la blancura de los edificios circundantes en una composición abstracta. Antes de ver su rostro, Arturo sabía ya de quién se trataba: la persona que llevaban buscando desde hacía una hora por toda la Cancillería. Se miró la punta

de las botas, como si no hubiera nada mejor que ver, y volvió a contemplar durante unos segundos la maqueta iluminada por focos que, mediante un mecanismo automático, simulaban el sol en su arco diario. A continuación posó el fusil ametrallador, se quitó las botas y, ante la mirada atónita de sus acompañantes, se subió a la plataforma y entró en la maqueta. Unos raros escrúpulos le habían asaltado inmediatamente antes de subirse y le impidieron ensuciar la blancura de los edificios. Ni siquiera notaba ya el olor de unos calcetines que llevaba puestos desde hacía tres semanas, así que con cuidado de no aplastar nada, avanzó por el eje principal sorteando el arco de triunfo e incluso las pequeñas miniaturas de automóviles que circulaban quietos por la avenida, hasta llegar al cadáver. Se agachó a la altura de su pecho y le dio la vuelta. No hacía mucho que le habían liquidado, el olor a cobre de la sangre caliente era muy particular. Se fijó con atención; el hombre tenía uno de esos semblantes crispados que se veían en ciertos martirologios. La cuchillada limpia que le habían asestado en el corazón era suficiente motivo para tal aspecto. Arturo rebuscó entre sus ropas de civil la documentación o algo que acreditase su identidad. En el bolsillo del pantalón encontró una cartera, y en su interior su *Ausweis*; comparó el gesto desencajado con los rasgos finos y bien cincelados de la foto, y comprobó que el nombre era el mismo que les había proporcionado el oficial al mando: Ewald von Kleist, nacido en Múnich, 1897. Fallecido en Berlín, 1945, completó Arturo mentalmente. Corroborando su epitafio, en algún lugar sobre su cabeza los terremotos de baja intensidad provocados por los bombardeos afirmaban que, efectivamente, se hallaban en Berlín, un Berlín que estaba siendo tragado por una guerra atroz y borradora. Hacía ademán de seguir registrando el cuerpo, cuando a sus espaldas oyó un crujido que le hizo darse la vuelta. Descubrió a su paisano avanzando hacia él; ya se había llevado por delante una ópera, dos Volkswagen,

un Wanderer, e iba directo a por el arco de triunfo. Arturo le fulminó con una mirada que hizo que se le congelase el paso y se le descolgara la mandíbula.

—Coño, Manolete, ¿para qué me quito las botas?
—gruñó Arturo al comprobar el rastro de huracán que había dejado.

—Lo siento, mi teniente, creí que me iba a necesitar...

—Sí —le cortó con rudeza—, te voy a necesitar para pelar guardias hasta que las ranas bailen...

Arturo contempló al soldado Francisco Ramírez, alias Manolete; daba un poco de pena ver sus brazos flotando en un uniforme demasiado ancho, y decir que era feo era hablar en su favor, pero, a juzgar por los meses escasos que llevaban juntos en aquel fregado, era innegable que el guripa Ramírez, al igual que el torero Manolete, se ponía donde había que ponerse. Meneó la cabeza resignado.

—Eres más burro que un arado. Venga, tira para acá, y ojito con pisar más uvas.

Manolete avanzó como si estuviese debajo del agua, se arrodilló junto a Arturo y echó un vistazo.

—A éste le han dado bien el pasaporte —comentó—. Le han metido el pincho por debajo de las costillas y hacia arriba.

—Por lo que parece.

—¿Y es el cacho carne que buscamos?

Arturo le miró con cansancio; era una definición cruda pero exacta. Le mostró la documentación. Manolete leyó con dificultad, silabeando las letras.

—Es el *doiche* —confirmó—. ¿Y quién puede haber hecho el estropicio?

—A saber, en esta ciudad cualquiera puede hacer cualquier cosa. Lo único seguro es que no se encuentra un muerto aquí por nada.

—Más razón que un santo, mi teniente. Y entonces, ¿qué hacemos?

—De momento, seguir fisgando.

Siendo realistas, su labor debía haber finalizado con el hallazgo, pero una curiosidad poliédrica le urgió a explorar el cuerpo de manera metódica y minuciosa. Mientras lo hacía, recordó el requerimiento del puesto de mando apenas una hora antes de todos los hombres que custodiaban la nueva Cancillería del Reich, tanto de la Dienststelle y el Begleitkommando como de la Kripo, a fin de peinar el edificio en la búsqueda del tal Ewald von Kleist, de poco más o menos uno noventa de estatura, cuarenta y ocho años, corpulento, moreno, sin pormenorizar más. El oficial que les había mandado, en su calidad de correa de transmisión de las órdenes, se había empeñado en no dejar traslucir sus emociones, pero a juzgar por la lividez de su rostro aquélla era una de esas misiones cuyo fracaso implicaría un despojamiento de galones, cuando no un consejo de guerra. A pesar del secreto con que habían tratado la identidad del interfecto, Arturo pudo conjeturar su calidad por la llegada que había protagonizado la noche anterior junto con cuatro individuos más en un enorme Opel Admiral, todo pintado de negro —incluso los faros, que sólo tenían una franja maquilada que proyectaba una astilla de luz de un amarillo turbio— y sin ningún distintivo, escoltado por un destacamento de las Waffen-SS. Al hilo de esas reflexiones, Arturo fue sacando de sus bolsillos marcos del Reich y *pfennigs*, inútiles ya, un cortaúñas, una pequeña navaja, una fina pitillera de plata acanalada, una cartulina repleta por las dos caras de notas y tachaduras... Arturo se tomó su tiempo y repasó la cartulina; era el programa de una boda en cuyos intersticios habían escrito ideas, ecuaciones, esquemas, esbozos, abreviaturas... sin una idea de organización, un punto central. Se tropezó un par de veces con lo que podía ser un eje sintético, una extraña palabra encerrada en un círculo: WuWa. No tenía anotaciones explicativas ni adicionales, pero estaba dibujada con una letra perfilada que podía indicar su

trascendencia en medio de la velocidad caótica del resto del galimatías. Arturo andaba sopesando toda la información cuando un oficial entró en la sala como una exhalación; se había olvidado de los otros dos SS que le acompañaban, pero ellos no se habían olvidado de la cadena de mando. Un acto reflejo le hizo guardar la cartulina con rapidez. Al instante, el Untersturmführer Franz Schädle, jefe de la guardia de la Cancillería, se plantó en el borde de la maqueta superando la sorpresa al descubrir las botas, una de pie y otra volcada. Arturo se volvió hacia él. La tensión de los tendones laterales de su garganta indicaba un barril de pólvora en su interior.

—¿Qué hace, soldado? —ladró.

Arturo se irguió e hizo el saludo alemán con precaución de no encender ninguna mecha.

—Comprobaba la identidad del muerto, mein Untersturmführer.

—¿Es nuestro hombre?

—Sí, mein Untersturmführer.

—Muy bien, aquí termina su labor. Retírense.

Manolete y Arturo se apresuraron en dar cumplimiento a las órdenes y bajaron de la plataforma. Arturo se puso las botas con rapidez y a continuación hizo un breve informe de la batida por el edificio, tras el cual abordó los aspectos más accesorios, estado del cadáver, inspección de ropa, enseres... obviando, sin una causa concreta, la cartulina. Cuando terminó, el oficial ordenó a los miembros de las SS que retirasen el cadáver; lo hicieron sin ningún atisbo de método, aplastando edificios sin miramientos, como si fuese más importante ocultar la víctima que descubrir al victimario. Seguidamente conminó a Manolete y a Arturo a levantar el campo y regresar a sus rondas maquinales, previa orden de que hicieran uso de la principal facultad de la memoria: olvidar. Tras ejecutar la salva nazi, abandonaron la planta baja de la Cancillería y se internaron en las vastas estancias cubiertas de mármol y separadas por puertas que

llegaban hasta el techo. Aquel monumento al poder, levantado para intimidar e impresionar a los visitantes, ofrecía ahora un aspecto fantasmal; se habían retirado todos los cuadros, tapices, muebles..., los techos tenían grietas enormes, las ventanas estaban tapadas con maderas... Sus botas resonaban por los amplios corredores.

—Aquí hay tela que cortar, ¿eh, mi teniente? —sugirió Manolete.

—No es asunto nuestro.

—Pero no me diga que no es raro.

—Te repito que no es responsabilidad nuestra.

—Claro, la responsabilidad era verde y se la comió un burro. En fin... —suspiró Manolete—, pero sí podemos hacer algo.

—Acabar la ronda.

—Eso aparte. Me refiero a que podríamos ir a fumarnos un pitillito a los jardines.

—¿Estás loco? Allí se nos van a congelar las pelotas.

—Total, para lo que las utilizamos... Ande, mi teniente, que a mí esta casa me da mal fario.

Arturo no acabó de responder, parecía ensimismado; en menoscabo de su anterior indiferencia, no podía quitarse de la cabeza el cuerpo que habían dejado abajo. Se le ocurrió que, necesariamente, los oficiales tendrían que informar de los hechos en el Führerbunker de la Cancillería, y que una de las entradas más cercanas se hallaba en los jardines. No era sólo curiosidad: todo lo que aconteciera en aquel lugar era de su incumbencia, sobre todo si esa incumbencia se dedicaba a acuchillar. Se encogió de hombros.

—No nos vendrá mal un poco de aire fresco.

Manolete sonrió como un niño ante una tarta de cumpleaños y se dirigieron a los jardines. En cuanto salieron, los dientes del frío se hincaron en su carne y se subieron los cuellos de sus capotes grises; el vapor hizo visible su respiración. Las fuentes, el pabellón de té, las es-

tatuas, el invernadero..., todo se había volatilizado entre trozos de hormigón, árboles arrancados de cuajo y enormes cráteres. A lo lejos, der Amis, los aviones estadounidenses, seguían empeñados en demoler Berlín —por la noche les tocaba a der Tommys, los británicos—, y en los jardines rompía, como en una playa siniestra, el fragor de sus bombardeos. Un leve olor a chamuscado hablaba de toda aquella histeria y desintegración. Saludaron a los guardias apostados ante la casamata de la salida de emergencia del Führerbunker; Manolete sacó un pitillo y Arturo le pidió uno.

—Pero, mi teniente, si usted no fuma.

—Pues hoy sí fumo.

Arturo apartó el fusil ametrallador, cogió el pitillo y dejó que se lo encendiera. En aquel mundo necesario, le había apetecido hacer algo sin finalidad práctica, un residuo de la vida normal. A la tercera calada empezó a toser.

—Estaba visto, lo suyo no es el fumeque.

—Tienes razón —corroboró Arturo apagando el cigarrillo y devolviéndoselo—. ¿Qué día es hoy?

—¿Hoy? —Manolete soltó el humo de manera desordenada—. 14 de abril.

—¿Y qué se sabe de éstos? —Arturo apuntó con su barbilla al cielo.

—Los americanos andan por el Elba, y dicen que los *ruskis* ya están dando leña en Seelow.

—O sea, que unos cerca y otros más cerca.

—En nada nos pican a la puerta.

Arturo miró el cubo de hormigón de la salida del búnker; allí, a doce metros de profundidad, se escondía ahora el antiguo amo de Europa, Adolf Hitler.

—Y de ése ni pío, ¿no?

—Desde hace un par de meses, mi teniente, pero yo ya creo que ni da ni toma... Y en nada nos van a crecer los enanos, se lo digo yo.

—En fin, a mal tiempo buena cara, Manolete.

—Lo crea o no, ésta es mi mejor cara, mi teniente.

Arturo contempló la mueca de irónica resignación que se dibujó en su rostro de Picio y sonrió con cierta tristeza. Luego estudió el búnker. Sabía que cuando Manolete miraba aquel cubo no le impresionaba, incluso sentía algo de desprecio, porque no era capaz, al contrario que él, de valorar su importancia histórica. La enorme diana en que el mundo había convertido a Berlín tenía su centro allí. La entronización del mal, la derogación del humanismo, la extinción de la humanidad, el vértigo de los dos últimos años de la derrota alemana, todo confluía allí, en su masa fortificada. Y en su insondable y humeante abismo, der Führer, en la última estación de su huida de la realidad, seguía soñando con su Germania, la ciudad babilónica que sería la capital de un imperio germano que duraría mil años, construida para que en un futuro el tamaño de sus ruinas fuesen el testamento de su grandeza, mientras sobre su cabeza el futuro ya le había alcanzado, un futuro de incendios y escombros y miles de toneladas de bombas. Arturo escupió de lado y observó a Manolete.

—¿Qué cojones hacemos aquí? —le preguntó fatigado, descreído.

Era una pregunta retórica, pero no contaba con la sencillez de Manolete, su profunda lógica.

—No tenemos ningún sitio adonde ir, mi teniente.

En ese instante, de la puerta del búnker comenzó a brotar un remolino de uniformes negros, pretorianos de las SS que custodiaban a cuatro civiles de sombreros oscuros y gabardinas grises. Arturo les identificó como a los individuos que habían llegado la noche anterior con el muerto; el rostro de uno de ellos era difícil de olvidar, rasgos fofos, muy pálidos, y sin cejas. Sus ojos se quedaron enganchados una fracción de segundo en los de Arturo; eran unos ojos negros, achinados por el frío, y en cuyo interior se vislumbraba un abismo. El grupo desapareció con rapidez en el interior de la Cancillería.

—Aquí va a haber verbena, mi teniente —murmuró Manolete con pesimismo.

Arturo no pronunció palabra, se hallaba pendiente de un sexto sentido a flor de piel que hacía brillar con fuerza en su memoria aquella palabra, WuWa. Se quitó el casco y se lo volvió a poner, se ajustó la correa del fusil ametrallador, miró al cielo.

—Sí —terminó por responder vagamente, distraído—, y me temo que no va a acabar bien...

Una brisa perfumada, como si hubiera soplado por encima de kilómetros de campos llenos de lilas, cubrió por unos momentos el olor a chamuscado de Berlín. Terminó la frase.

—Pero ¿tú sabes de algo que termine bien, Manolete?...